

La ética docente: un desafío del ámbito educativo

mi voz

Por Mario González
(mariogonzalez@uti.edu.ec)

El ejercicio docente históricamente ha tenido muchos desafíos; sin embargo, hoy son muchos más y más complejos. Entre otros, tenemos los pedagógicos, como la diversidad en el aula, la integración de metodologías innovadoras o la adecuada aplicación de la evaluación de los aprendizajes; o los desafíos tecnológicos, como la adaptación de la enseñanza por medio de las TIC, la brecha digital entre el docente y los estudiantes, e incluso entre estudiantes; y, últimamente, el uso adecuado de la IA.

Dichos desafíos se suman a otros en el ámbito profesional, como la actualización continua, la carga administrativa y actualmente la tan comentada y necesaria salud emocional y bienestar docente, sin dejar de lado los desafíos institucionales y políticos, como las condiciones laborales, el horario de trabajo, el trabajo llevado a casa, las políticas educativas cambiantes y, sobre estas, las cada vez más difíciles relaciones con los padres y el entorno comunitario.

Considero que, en este contexto, el mayor desafío al que se enfrenta el docente es el ético. Ante la decadencia de la sociedad y su núcleo principal, la familia, le corresponde a la escuela, y por tanto al docente, enseñar principios, como la honestidad, la responsabilidad y el respeto. Del mismo modo, frente al cambio social, el Estado, sin darle los insumos



necesarios, le ha encargado a la escuela garantizar que todos los estudiantes tengan las mismas oportunidades de aprendizaje, liderando la inclusión y la equidad, para adicionalmente darle el rol de custodio de los estudiantes frente a la escalada de violencia y acoso escolar.

Destaco el desafío ético, el cual radica en la formación de ciudadanos íntegros, en un contexto donde los valores pueden verse

En un mundo cada vez más globalizado y digital, es crucial formar individuos con criterio moral para tomar decisiones justas y responsables.

afectados por la corrupción, la desigualdad y el uso indebido de la tecnología. La falta de ética en docentes y estudiantes, manifestada en prácticas como el plagio, la deshonestidad académica y la discriminación, compromete la calidad educativa y la formación de profesionales responsables.

Así, resulta fundamental el análisis de la ética en la educación, ya que esta no solo se limita a la enseñanza o a la transmisión de conocimientos, sino que moldea actitudes y principios que impactarán en la sociedad.

Es por ello por lo que, en un mundo cada vez más globalizado y digital, es crucial formar individuos

con criterio moral para tomar decisiones justas y responsables. Esto implica contar no solo con estrategias, sino con compromisos que fortalezcan la ética docente en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Dentro de esas estrategias, la principal y tradicionalmente reconocida, está la de educar con el ejemplo, ya que el docente, más allá de enseñar contenidos, actúa como modelo de comportamiento ético; su rol principal es fomentar el respeto, la equidad y la honestidad académica.

Una segunda estrategia es educar en la reflexión, a partir del desarrollo del pensamiento reflexivo frente a los dilemas éticos de la educación, que requieren la orientación del docente, a fin de que el estudiante forme su propia escala de valores y que esta sea justa consigo mismo y socialmente aceptada.

En este sentido, una tercera estrategia que resulta del fomento de la reflexión crítica y del ejemplo tenemos la implementación de códigos de conducta que, nacidos de un consenso, contribuyen a un ambiente educativo más justo y equitativo.

Por lo dicho y como resultado del desarrollo de estas estrategias, surge una serie de compromisos del docente, como la responsabilidad fundamental en la formación de ciudadanos íntegros, basados en principios que guían su conducta dentro y fuera del aula, y asegurando un ambiente educativo justo, equitativo y centrado en el aprendizaje.

Dentro de esta serie de compromisos tenemos, en primer lugar,

el compromiso con los estudiantes, al fomentar un aprendizaje significativo y de calidad, que promueva la honestidad académica y el pensamiento crítico; también al crear un ambiente seguro, libre de discriminación y violencia, que respete la diversidad y garantice un trato equitativo.

Luego, tenemos el compromiso con la profesión docente, lo que le lleva a actuar con responsabilidad, puntualidad y dedicación.

Es un compromiso que implica decididamente mantenerse en constante actualización, ejercer la docencia de forma imparcial y evitar cualquier tipo de conducta que podría desacreditar su labor docente.

A ellos se suma el compromiso con la institución educativa, lo que le induce a respetar las normativas y valores institucionales, colaborar con la comunidad, trabajar en equipo y utilizar de manera adecuada los recursos educativos y tecnológicos.

Por último, resulta fundamental el compromiso con la sociedad, por el cual el docente se erige como modelo de integridad y ética en la vida cotidiana, formando ciudadanos responsables y con valores, con pensamiento crítico y participación social, contribuyendo así al desarrollo de una sociedad más justa y equitativa.

Ante la decadencia de la sociedad y su núcleo principal, la familia, le corresponde a la escuela, y por tanto al docente, enseñar principios, como la honestidad, la responsabilidad y el respeto.

Dicho conjunto de estrategias y compromisos nos llevan a concluir que el ejemplo es una de las formas más efectivas de educar. Ya lo señaló Albert Bandura a partir de su teoría del aprendizaje social: las personas aprenden no solo a través de la experiencia directa, sino también y de forma más significativa mediante la observación de modelos representativos, como son los docentes, los padres o algunas figuras de autoridad.

De ellos se internalizan conductas, valores y normas, por medio del modelado, que es aprender observando. O también del refuerzo vicario, consistente en aprender de las experiencias de otros. O de la autoeficacia, como la forma de estar convencido de las propias capacidades.

Por lo dicho, la ética en la educación no debe ser un concepto abstracto, sino una práctica constante en la formación de estudiantes y docentes.

Enfrentar los desafíos éticos del ámbito educativo es una tarea urgente que requiere el compromiso de todos los actores involucrados en la búsqueda de la transformación social a través de la enseñanza. Si un maestro actúa con ética, respeto y responsabilidad, es más probable que los alumnos adopten estos comportamientos.

El desafío está planteado. Como educadores, esta es la oportunidad de innovar y transformar la educación. Promocionando valores como la responsabilidad, la justicia y la transparencia se garantizará una educación de calidad y un impacto positivo en la sociedad.